

ELEMENTOS PARA UN MODELO DE UNIVERSIDAD IGNACIANA *

*Juan Jorge Hermosillo Villalobos ***

Si tus planes son a un año, planta arroz;
si son a veinte años, planta árboles;
si son a más de un siglo, desarrolla a las personas
Proverbio chino

Advertencia

El presente trabajo es producto de las reflexiones ocasionales a lo largo de muchos años de participar en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) como profesor e investigador dentro de la rama de las ingenierías. Es consecuencia también de la frecuente convivencia con los alumnos y de la búsqueda de mejores maneras de servirles desde el trabajo docente, también es el resultado de algunas discusiones con colegas dentro del propio ITESO y de la Universidad Iberoamericana. Escribo desde la visión de un profesor de las llamadas "ciencias duras"¹ y no desde la de un especialista en ciencias sociales o en educación. Aunque este

* Conferencia.

** Jefe del Departamento de Procesos Tecnológicos e Industriales, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), México.

1. En fechas recientes he enseñado termodinámica, mecánica de fluidos y astronomía.

trabajo refleja un punto de vista personal, con el objeto de favorecer la fluidez del texto evitaré en lo sucesivo el uso de expresiones como “desde mi punto de vista...”, “creo que debería ser...”, “a mi modo de ver...”, confiado en que el lector habrá pasado por esta advertencia.

Introducción

La universidad es una institución cuya razón de ser fundamental es servir a la sociedad donde se encuentra, con los medios y modos que ella misma determina. Sin embargo, las formas de servir a la sociedad que corresponden a la universidad guardan características específicas. Son formas de servir para el desarrollo y mejoramiento social de las personas, para el uso racional de los recursos, y para la conservación, acrecentamiento y uso humanista del conocimiento. Haciendo un paralelo entre la sociedad que evoluciona a través de su historia y una embarcación que navega por el océano, diría que la universidad debe servir a la sociedad no desde una posición de esclavo o grumete, tampoco desde la de capitán o timonel, sino desde la posición del vigía que observa desde lo alto del mástil y trasmite la información privilegiada que obtiene, o desde la del copiloto que traza la ruta en los mapas utilizando esa información, previendo sus implicaciones. Sin embargo, aunque todas las universidades tienen, en principio, muchos elementos en común, diversas instituciones pertenecientes a la misma región o ciudad pueden tener formas radicalmente opuestas de trabajar, originadas de planteamientos filosóficos diferentes desde su raíz.

La universidad es un género institucional que ha existido por más de 800 años. Si nos atenemos al inicio del uso del término, habría que remontarnos hacia el siglo XII, a las universidades de

París y Bolonia. Las estructuras sociales han cambiado de manera significativa a lo largo de casi un milenio y, sin embargo, el concepto de institución universitaria sigue vigente hoy día, en diversas formas, en todos los países. La situación actual, sin embargo — radicalmente diferente desde muchos puntos de vista a la de hace medio siglo y hacia atrás— exige una renovada labor universitaria por crear que no puede ser copia de lo hecho en siglos pasados. Aun con los cambios que se vengan, es tarea difícil cuestionar la pertinencia de la educación superior. En este sentido me parece que la universidad seguirá teniendo vigencia. Sin embargo, este hecho no garantiza la adecuación ni la supervivencia de algún modelo universitario particular.

En este contexto, la búsqueda de un modelo educativo propio de la Compañía de Jesús, adecuado al siglo XXI, resulta especialmente útil y necesaria. Se trata, pues, no sólo de un asunto de pertinencia y supervivencia, sino de la búsqueda de la mejor manera de ser útil a la sociedad desde la labor universitaria.

Los elementos constitutivos de la universidad

Al entrar en este tema doy por hecho lo más básico: que toda universidad está compuesta por personas, maestros y alumnos, funcionarios y personal de apoyo (y en algunos casos por un patronato), que al hacer uso de la infraestructura universitaria y del tiempo, materializan los objetivos de la universidad. Pero los constitutivos fundamentales de la universidad no radican en la infraestructura, sino en sus quehaceres y en el sentido que los mueve. Parafraseando a León Felipe, nuestra riqueza no se mide por lo que tenemos, sino por la forma en que organizamos lo que tenemos.

La diversidad de productos de la universidad del siglo XX puede agruparse en las tres funciones tradicionalmente atribuidas a la universidad: investigación, educación superior y extensión-vinculación. Estos son los canales concretos a través de los cuales una institución universitaria puede y debe servir a la sociedad. Los tres quehaceres fundamentales constituyen tres dimensiones del trabajo universitario que permiten la obtención de un producto global *tridimensional* plenamente realizado. En la historia de las universidades no siempre han estado presentes estas tres dimensiones. Una primera pregunta sería si ante el panorama del tercer milenio o, más humildemente, del siglo XXI, esas tres dimensiones siguen siendo pertinentes, o si debe omitirse alguna, o buscar otras nuevas. Como elementos constitutivos de la universidad me ocuparé de las tres dimensiones mencionadas, dejaré pendiente la pregunta y mantendré en mente que bajo el término "extensión-vinculación" cabe casi todo lo que no incluye la investigación o el trabajo educativo.

Con el fin de realizar eficaz y eficientemente esos tres quehaceres, la universidad debe contar además con otras líneas de actividad, digamos internas, que no se manifiestan de forma expresa como productos a la sociedad. Por ejemplo la capacitación continua de su personal docente, directivo y de apoyo, así como la totalidad de las funciones administrativas. Estas funciones indirectas, sin embargo, no son de carácter secundario: resultan verdaderamente claves en la puesta en práctica de cualquier modelo universitario.

La investigación

Es el trabajo de profesores y alumnos que se encamina a la generación de elementos para el entendimiento del mundo en sus múlti-

ples aspectos: individual, social, natural, etc. En este sentido, no considero como investigación la búsqueda bibliográfica —así sea hecha con alta tecnología— ni el levantamiento de censos o de encuestas que pueden resultar elementos útiles para una investigación determinada, pero no constituyen la investigación en sí. La investigación es la actividad intelectual que aporta nuevos elementos para la explicación y predicción de fenómenos naturales, sociales, de la persona, etc. Habría que especificar para quién resultan nuevos estos elementos: ¿para un alumno o un grupo de alumnos?, ¿para un profesor o un grupo de profesores?, ¿para una comunidad determinada? En principio, al hablar de investigación sería de la universidad me refiero a nuevos conocimientos para la totalidad de la humanidad, sin embargo, si consideramos la realidad de nuestras universidades, ello puede convertirse en una restricción demasiado fuerte.

En el campo particular de las ciencias físicas y de la ingeniería, la generación de elementos para el entendimiento puede traducirse específicamente en la generación de conocimientos nuevos alrededor de fenómenos físicos fundamentales, o aplicados a la solución de problemas concretos, o de nuevas formas prácticas de resolución de necesidades humanas mediante la aplicación de los conocimientos ya existentes. A diferencia de otras ciencias, en las ciencias físicas e ingenierías se pone como prueba de la validez de un conocimiento nuevo el que éste sea capaz de predecir nuevos fenómenos, cualitativa o cuantitativamente, y que sirva, en alguna medida, para controlar los fenómenos en que se ve involucrado. Es en ello donde radica la verdadera aportación de la investigación.

En algunos modelos universitarios la investigación es parte importante de los currículos de los alumnos, incluso a nivel licenciatura. En estos casos, además de la generación del conocimiento la

investigación cobra una dimensión educativa, especialmente en dos líneas: el entrenamiento del alumno en métodos de búsqueda del conocimiento nuevo, apropiados a su profesión, y el entrenamiento en las habilidades de pensamiento crítico y creativo que se requieren para la investigación. En otros modelos universitarios la investigación tiende a mezclarse menos con la docencia, o resultan dos cosas definitivamente separadas, o se le relega a los posgrados.

La investigación realizada con seriedad es uno de los pilares más fuertes de la institución universitaria. La autonomía universitaria y la libertad de cátedra, dos características de estas instituciones que han sido proclamadas y defendidas desde la Edad Media, provienen precisamente del poder intelectual que les otorga el hecho de estar constituidas por seres pensantes que actúan con libertad responsable, lo que se traduce en su posibilidad de poseer, generar y emplear el conocimiento. En la investigación radica también una de las mayores responsabilidades universitarias que se conecta íntimamente con el trabajo educativo y con la extensión, y que consiste en compartir, dar a conocer, transmitir, divulgar ese conocimiento. En resumen, a la universidad no debe bastarle ser la depositaria y generadora del conocimiento, sino que es su obligación ponerlo al servicio de la sociedad.

La educación superior, por otro lado, es la forma universitaria de servir a la sociedad que consiste en la formación de los individuos para que se involucren de manera productiva en su comunidad. Entiendo esta expresión en sentido amplio, particularmente en lo que se refiere a las palabras "formación" y "productiva".

La educación universitaria ha incluido diversos modelos a lo largo de la historia. En el caso de las universidades latinoamericanas, tradicionalmente otorgan un título de licenciatura que se

asocia con el ejercicio de una profesión. Desde este punto de vista resulta innegable que es necesario incluir dentro del proceso educativo la capacitación concreta para el ejercicio de la profesión pero, en un sentido amplio, la educación universitaria debe incluir mucho más que esta sola capacitación. No sólo en el sentido de que la educación incluye habilidades y actitudes además de los conocimientos —estos son los más comúnmente considerados como capacitación entre los no especialistas— la educación debería fomentar en el individuo —el alumno— la visión de la relación entre sí mismo y todo lo que le rodea, y no sólo la de su relación con el mercado de trabajo.

La educación superior

La educación superior es una función universitaria verdaderamente clave para su servicio a la sociedad porque puede verse como el mecanismo mediante el cual la universidad aporta elementos —personas cabalmente formadas— para la crítica y propuesta de mejoras a los sistemas sociales, así como para la creación de conciencias colectivas: conciencia de especie, conciencia política, y conciencia de nación. Un riesgo importante en este renglón es que la universidad, con su poder académico, económico y político, se convierta voluntariamente en reproductora exacta de los sistemas, o incluso se someta a ellos con el objetivo de protegerse a sí misma y a los individuos que la sostienen.

Con mucho, el principal producto social de la universidad radica en el ámbito educativo, y se manifiesta a través de la expedición de títulos, o al menos de cartas de pasante, en un cierto porcentaje de la población. Sin embargo, es fácil cuestionar la calidad de este producto de muchas universidades, tanto desde el punto de vista

de la capacitación para el ejercicio de la profesión, como desde el que incluye la formación de la persona en su relación consigo mismo, con la sociedad y con la naturaleza. La conocida erosión del nivel académico de la escuela preparatoria, junto con las presiones del mercado educativo, han inducido una notable baja en el nivel académico de las licenciaturas y posgrados. Sin embargo, esa baja del nivel de las preparatorias —como insumo para la universidad, pero que se encuentra presente también en el resto del sistema educativo— es un dato de la realidad, y no podemos soñar o exigir de súbito niveles más altos sin atacar el problema desde varios frentes.

La extensión-vinculación

La extensión-vinculación es otro de los quehaceres universitarios que consiste en ofrecer a la sociedad productos concretos que son consecuencia del hecho de ser la depositaria y generadora del conocimiento. La extensión y la vinculación son formas de relacionar directamente al cuerpo académico con la comunidad que rodea a la universidad. Lo mismo puede hacerlo mediante la divulgación y publicación de trabajos relativos a la investigación, que mediante la puesta en práctica de proyectos en los que profesores y alumnos apliquen y practiquen lo discutido y generado en el trabajo educativo y en la investigación. Es una forma de dar salida, de aplicación y de verificación real de productos y discusiones intelectuales que de otro modo podrían quedarse en un nivel abstracto. Lo abstracto en sí no representa un defecto de la producción universitaria y, en muchos casos, puede ser precisamente su principal cualidad, por ejemplo en la investigación. Pero pueden existir productos de la universidad que sin este canal directo a la sociedad se queden sin su dimensión de servicio real inmediato.

La universidad debe establecer un balance entre las tres dimensiones antes mencionadas. Una institución que sólo incluye el trabajo educativo, pero cuyos alumnos no se ven en contacto cercano con actividades tendientes a la generación de nuevas formas de enfocar y resolver los problemas de su profesión, probablemente pueda considerársele, cuando mucho, una buena escuela, pero nunca una universidad. Si la ponderación de la investigación resulta excesiva en la institución, y los profesores sólo imparten algún curso cuando les sobra tiempo, o gracias a su inclinación personal, o peor aún por obligación contractual, probablemente sea un buen instituto de investigación al servicio de quienes estén dispuestos a financiar los proyectos, pero tampoco se tratará de una universidad. Si predominan notablemente los cursos de capacitación práctica para el mundo empresarial (o para cualquier otro) aun con las publicaciones correspondientes, probablemente se esté hablando de un instituto de capacitación especializada, quizá con varias especialidades, pero no de una universidad. El trabajo universitario adquiere volumen, genera cuerpo, tiene sentido, cuando combina en forma balanceada las tres dimensiones del servicio a la sociedad donde se inscribe.

Llevar a la práctica este modelo tridimensional implica el desarrollo de las habilidades de los profesores, porque cada una de las tres dimensiones requiere de habilidades diferentes. En mi concepto, es deseable pero no indispensable que cada profesor se desempeñe en las tres dimensiones. Habrá los que son excelentes en la investigación pero "no saben enseñar" (uno de los comentarios más frecuentes entre los alumnos); y habrá los que son excelentes en la vinculación de las actividades de los alumnos con las necesidades reales de una pequeña empresa o de una comunidad marginada, aunque no sepan hacer investigación. A estas limitaciones hay que sumar las limitaciones de tiempo, por lo que se re-

quiere de cada actividad para ser realizada a plenitud. Aunque desarrollar los potenciales de los profesores representa también un quehacer universitario en ocasiones conviene determinar el área donde se desempeña mejor cada persona en vez de pugnar rígidamente por el que todos hagan de todo. El nivel mínimo tridimensional debería darse a nivel departamental. El diálogo y la discusión académica tendría que resultar frecuente entre los profesores que se abocan a cada una de las tres dimensiones del quehacer universitario, con el objeto de que realmente se interrelacionen, se complementen, e involucren con los alumnos.

Los estilos universitarios

La tarea educativa de la universidad, en su sentido más amplio, consiste en favorecer que los alumnos en particular, y la sociedad en general, establezcan un conjunto de relaciones, coherentes, fundamentadas, sanas y equilibradas, con el universo que los rodea. Por universo entiendo, en este contexto, la totalidad del entorno que rodea a la persona, manifestado al menos por los siguientes elementos con los que debe establecer esas relaciones:

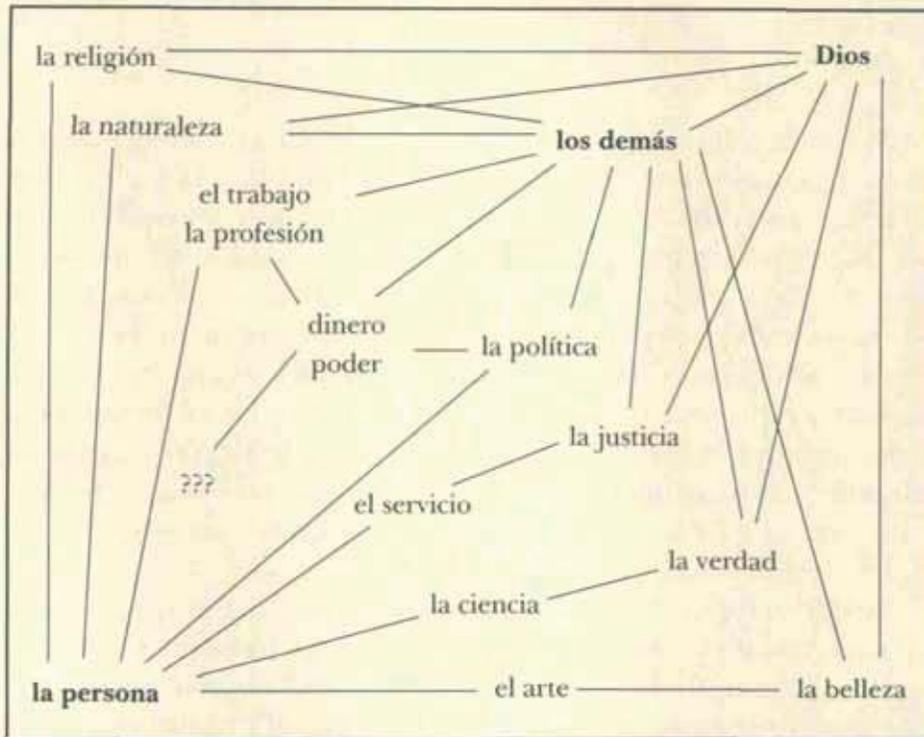
- Los demás. Aquí están incluidos los amigos, los familiares, los compañeros de trabajo, los niños de la calle, los alumnos, los maestros, etcétera.
- El trabajo. Puede tratarse de un empleo, una empresa o un negocio propio, un trabajo eventual, etcétera.
- El medio ambiente. Que incluye desde la propia casa y comunidad, hasta el entorno global.
- La belleza.
- La verdad.
- La justicia.

- El poder.
- Dios.

En la figura adjunta intento representar gráfica y sintéticamente estas relaciones. Las líneas representan las relaciones entre los diversos conceptos. El eje principal, desde el punto de vista ignaciano, que expondremos más adelante, va de abajo a izquierda: la persona hacia arriba, a la derecha Dios, y se pasa necesariamente por la sociedad: los demás. Desde luego, se trata de un bosquejo muy simplificado, con muchas de las interrelaciones omitidas para facilitar la representación. (Debería haber, por ejemplo, líneas entre la naturaleza y la belleza, entre el trabajo y la justicia o el arte y la religión). Las tres dimensiones del quehacer universitario deberían contribuir al establecimiento de estas relaciones y en este sentido las tres resultarían educativas.

Los diversos estilos universitarios se distinguen entre sí por el énfasis o ponderación que imprimen a estas relaciones entre la persona (el alumno) y los elementos del universo antes descrito. Estos énfasis se manifiestan más claramente en el trabajo educativo, pero aparecen como trasfondo de todas las actividades universitarias. A continuación expongo lo que considero como algunas caricaturas de universidades, algunas base de las instituciones que he conocido. Como caricaturas que son, algunos rasgos estarán exagerados. Debo decir, no obstante, que los tipos de alumnos y maestros típicos de estas instituciones, según se infiere, los he visto también en el ITESO. He de aclarar, además, que al describir la universidad ignaciana me referiré al ideal imaginario y no a una descripción de la realidad que se observa en la actualidad.

Existen instituciones en las que el énfasis se imprime en la relación entre el individuo y el trabajo. En ellas el currículo profesionalizante, y en muchos casos especializante, cuenta con una alta



ponderación. Los demás se toman en cuenta sólo porque resultan necesarios para el ejercicio de la profesión. La naturaleza se considera porque últimamente se ha puesto de moda y porque hasta puede brindar oportunidades de empleo. En ellas el título se obtiene de manera rápida, para poder *ejercer*: objetivo principal de los alumnos. La búsqueda de la belleza puede ser una afición válida, y la consideración de Dios no resulta indispensable en este panorama institucional. En algunas instituciones de este tipo, sin embargo, Dios aparece explícitamente porque en un país tan católico como México resulta hasta un argumento mercadológico.

Otro tipo de instituciones es el que ofrece a sus alumnos y pone énfasis en el prestigio y el poder. El trabajo y la empresa son los medios para lograr su objetivo. La "excelencia" se desborda por doquier. Las alfombras en los salones, las corbatas de los profesores, y los despliegues de tecnología son indicadores del nivel académico. Los demás son el punto de apoyo y el brazo de palanca para lograr el objetivo, porque sin ellos ¿qué es el prestigio y el poder? El arte, la ciencia, los conocimientos, las habilidades, el *know how*, tienen un precio en el mercado y también son los medios para lograr el objetivo. Se considera en ellas que la naturaleza aguanta todavía mucho los embates del hombre, siempre que no se violen los reglamentos a niveles que impliquen multas exageradas. A Dios hay que tenerlo contento, piensan, dando limosnas y cumpliendo con los ritos establecidos (los grandes pecados son los del orden sexual; en lo económico no se peca).

Hay otras universidades que son verdaderos trampolines políticos. La afiliación pública a un cierto partido les resultaba de suma importancia hasta hace poco, pero ahora parece que ha pasado de moda con el advenimiento, por fin, de la alternancia política. En este tipo de universidad la búsqueda del poder resulta también lo preponderante, pero no a través del trabajo productivo empresarial, sino por medio del "servicio público". Otra vez los demás resultan necesarios para la existencia del "servicio". La defensa de la naturaleza resulta de alta prioridad porque siempre tiene una dimensión política. El arte, la cultura, la ciencia y la tecnología se prestan para la organización de eventos masivos, gratuitos, o de precios moderados, pero con presupuestos importantes, por lo cual también resultan interesantes por el manejo de los recursos económicos. El nivel académico es el que produce la proliferación de la demagogia. Generalmente, Dios no resulta necesario para esta modalidad de universidad.

En otras más, lo preponderante es Dios. A Dios se llega por la revelación, contenida en la *Biblia*. La *Biblia* habla muy claramente de siete días de la creación y de lo que sucedió en cada uno de ellos. Por tanto, Darwin, Freud, Einstein, Hubble y un sinnúmero de astrónomos, antropólogos, físicos, biólogos, sociólogos y hasta historiadores, poetas y escritores están equivocados en sus intentos por comprender, describir o imaginar el mundo. Debido a ello, las carreras que ofrece esta modalidad de universidad se ha reducido a recetarios profesionales. La consideración de los demás resulta útil para el ejercicio profesional, pero en otro nivel, se trata de una especie de impuesto que cobra Dios al decir "amarás a tu prójimo [...]" porque en realidad la relación entre el individuo y Dios es directa, o resulta comunitaria sólo para fines rituales. La política, el poder y el dinero pueden usarse indiscriminadamente, con tal de que se justifique en términos convincentes.

Existen también las universidades o instituciones de enseñanza superior que combinan elementos de dos o más de estas caricaturas. Las hay que perderían parte importante de su razón de ser sin la existencia de un equipo profesional de algún deporte. Y hay las que tienen más activos invertidos en negocios periféricos que en la propia universidad.

Consideremos por último, la universidad de estilo ignaciano. Aquí dejo a un lado las caricaturas y paso a describir un concepto ideal. En esta universidad se comienza por el reconocimiento del mundo como un sistema complejo donde todo se encuentra interrelacionado. El equilibrio entre esas interrelaciones es su característica principal como propuesta de visión del mundo. Dios se encuentra presente de manera directa en ellas, mas su presencia no resulta absorbente o atrofiante respecto de las relaciones con los demás y con la naturaleza. El trabajo, la empresa y la política se

entienden como formas particulares y concretas de servicio a otros, pero no como las únicas. El servicio a los demás es parte importante del sentido de la existencia humana y de la relación con Dios. Igualmente importante es la promoción de la justicia. El respeto a la naturaleza y su explotación en forma racional provienen de una obligación moral, no sólo legal. El arte y la ciencia son medios para la búsqueda de la belleza y la verdad, búsqueda que se considera inherente al ser y al quehacer humanos.

Su objetivo es tratar de evitar que alguna de las interrelaciones mencionadas prevalezca respecto de las demás para evitar que éstas se atrofien, porque ellas mismas son también dimensiones propias de la existencia humana. Este objetivo puede lograrse mediante el impulso de todas esas dimensiones, o a través de la moderación de las que tiendan a dominar y a deformar la visión del mundo. Al poner el énfasis en el equilibrio y proponerlo como una de las características fundamentales para el modelo ignaciano se da lugar a dos riesgos. El primero es que el equilibrio, como tal, bien puede lograrse con mediocridad en todos los frentes. De ninguna manera buscamos llegar al equilibrio por este medio en nuestras universidades. El segundo riesgo es que, según lo expresado en la figura, puede darse un equilibrio entre todas las interrelaciones que parten de abajo a la izquierda de la persona en el esquema anterior y eliminar, para fines prácticos, el extremo de arriba a la derecha. Aunque ésta representaría una gran mejoría respecto de visiones del mundo desequilibradas como las que expresé en las caricaturas, el verdadero modelo ignaciano tiene de forma explícita presente a Dios.

Por otro lado, el equilibrio de todas esas interrelaciones produce diversidad de visiones del mundo en personas diferentes. En la universidad de estilo ignaciano no se trata de producir alumnos

con una sola visión del mundo: no se trata de un suaje o troquel. Esa diversidad de visiones es una suerte de riqueza social.

Por último, con relación a esta búsqueda del equilibrio de las interrelaciones, conviene decir que se trata de una propuesta de visión del mundo que la universidad ignaciana ofrece a sus alumnos. No obstante, es imposible garantizar o incluso medir el grado de equilibrio con que los alumnos egresan de nuestras universidades. Y conviene tener presente que muchos de los grandes hombres de nuestra cultura: científicos, artistas, empresarios, etc., no se distinguieron precisamente por una vida donde privara el equilibrio de esas interrelaciones, sino precisamente por su desequilibrio. Muchos de ellos fueron grandes por sus logros en algo específico, no por la magnitud de la dimensión humana de sus vidas.

La universidad de estilo ignaciano

El calificativo *ignaciano* aplicado a un modelo universitario, refiere necesariamente a la labor de san Ignacio de Loyola, aunque haya vivido hace más de 400 años y la universidad que le haya servido de base para algunos aspectos de su obra haya sido la de París en el siglo XVI.

El concepto clave del calificativo *ignaciano* radica en la concepción del hombre y de su relación con el universo en sentido amplio. Es decir, el individuo y sus múltiples formas de relación con los demás; el individuo y su relación con la naturaleza y con los bienes materiales. El individuo y su relación con Dios y ésta a su vez en interrelación con las dos anteriores. Esta concepción y las relaciones se encuentran implícitas o explícitas en los ejercicios espiritua-

les que, desde luego, no fueron escritos ni concebidos para servir de modelo para la construcción de universidades.

Un gran reto en el trabajo de generación del modelo educativo de una universidad ignaciana no radica sólo en la traducción del español del siglo XVI al español del siglo XXI ni al uso de las palabras, muchas de ellas todavía vigentes. Sino en lo que toca al contexto de los grandes problemas sociales de ambas épocas, que hacen que las preocupaciones, intereses, y asuntos importantes para la mayoría de la población, y en particular para nuestros alumnos, sean totalmente diferentes ahora respecto de lo que ocurría en aquel tiempo (aunque probablemente en el fondo incluyan una explicación similar).

Por ejemplo, en el "Principio y fundamento" de los *Ejercicios*, san Ignacio afirma que "El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios, y mediante eso salvar su ánima". Y en renglones sucesivos indica en líneas generales lo que el hombre (y la mujer) deben hacer para la consecución de ese fin. El problema no termina con la sustitución de *criado* por *creado* y de *ánima* por *alma* para facilitar su comprensión. Seguramente, en la sociedad medieval del siglo XVI, para muchas personas esas palabras tenían un sentido inmediato y salvar su alma, en sentido literal, tenía una prioridad alta. Aun hoy, entre laicos que se sientan impulsados a la realización de los ejercicios, estas palabras deben tener un sentido más o menos claro. Sin embargo, un problema de fondo en el quehacer educativo de una universidad de estilo ignaciano, consiste en encontrar lo que significa para el mundo laico, materialista, escéptico y posmoderno de hoy, el mundo real y cotidiano de nuestros alumnos alabar y hacer reverencia a Dios, servirle, salvar el alma. Consiste también en encontrar cómo lograr que esas palabras cobren sentido no sólo dentro de un discurso coherente y

gramaticalmente correcto, sino en la vida cotidiana, así tenga que cambiárseles por otras más convincentes (sin modificar su sentido profundo). Consiste en proponer y vivir valores y actitudes adecuados al mundo de hoy, que rescaten el espíritu de lo expresado en el principio y fundamento, que ayuden tanto a alumnos como a profesores a salvar su alma, o como quiera que deba decirse en el mundo de hoy. El problema resulta serio ya desde la práctica educativa en la interacción directa con los alumnos. Pero más lo es desde la función directiva, en la que se hace necesario conciliar o combinar la libertad de cátedra y el respeto a la diversidad de opiniones y credos de los profesores, con la necesidad de proponer modos concretos y pertinentes para poner en práctica el fin propuesto en los *Ejercicios*.

Si del texto de los *Ejercicios* se infieren los elementos esenciales de lo ignaciano, queda claro que la actividad y razón de ser más importante de la universidad es, con mucho, el hombre y su relación con el universo que lo rodea, en sentido amplio. Esto imprime una dimensión, ponderación e importancia especial al aspecto educativo, por encima de la investigación y de la extensión-vinculación. En las secciones siguientes intentaré exponer algunos elementos de mi visión acerca de una universidad que merezca el calificativo de *ignaciana*.

La universidad ignaciana en el trabajo educativo

La universidad de hoy debe combinar las tres dimensiones y las características expuestas en secciones anteriores. Sin embargo, en el caso de la universidad de estilo ignaciano, la dimensión educativa, relacionada expresamente con la formación y crecimiento personal de los alumnos, adquiere una preponderancia especial. Entre los

alumnos incluyo a los de cualquier programa, no sólo los de licenciatura; y a los de cualquier edad: jóvenes o adultos. El proceso educativo y de crecimiento humano no termina, ni puede hacerlo, a los 22 años de edad y, desde luego, es imposible reducirlo a los cuatro años usuales de un programa de licenciatura que centra en la formación profesional básica.

Encuentro cinco rasgos fundamentales que debería observar una universidad ignaciana en lo que se refiere a la educación, formación y crecimiento de sus alumnos. Estos rasgos son: el uso de metodologías educativas adecuadas a cada asignatura o actividad, que utilicen todos los canales y modos de aprendizaje del ser humano, con el propósito de lograr un auténtico aprendizaje; el empleo frecuente del paradigma pedagógico ignaciano, especialmente en su núcleo central experiencia-reflexión-acción, en algunas asignaturas y actividades extracurriculares; el fomento de las características propias de la educación jesuítica (una de las cuales es el paradigma, pero he querido darle una ponderación especial); propiciar la calidad en el contenido y enfoque de ciertos elementos en la enseñanza-aprendizaje del conocimiento; imprimir un enfoque humanista en las tres dimensiones del quehacer universitario.

Estos cinco rasgos fundamentales no son del todo independientes entre sí, por lo cual seguramente que unos podrían incluirse dentro de otros. Sin embargo, considero los aspectos más relevantes del estilo ignaciano dentro del quehacer educativo. Abundaré a continuación con respecto a cada uno de ellos.

Uso de metodologías adecuadas a cada actividad

El texto de los *Ejercicios* incluye una pedagogía que ha sido ampliamente estudiada (dos líneas diferentes pueden verse en Metts, 1997

y Pérez Valera, 1993). Su interpretación es atemporal, lo que quiere decir que resulta aplicable hoy día si logra abstraerse la esencia del texto. Esto es porque la pedagogía que se descubre en los *Ejercicios* no es la de un teórico de la educación sino la de un profundo conocedor de la naturaleza y condición humanas que no parecen haber cambiado sustancialmente en los últimos 500 años. El libro de Metts (1997) ha despertado alguna discusión acerca de si Ignacio realmente “lo sabía”. El hecho es que las instrucciones precisas, desglosadas, numeradas, que san Ignacio redactó en las diversas partes de sus *Ejercicios*, pueden traducirse en modos concretos de conducir una clase o un proceso educativo en general. Conceptos como la “prelección”, la “aplicación de los sentidos”, la “repetición”, etc., (algunos de estos tomados de la *Ratio Studiorum* de 1599) pueden aplicarse a la impartición de diversas asignaturas aunque su contenido difiera totalmente del de la materia que dio pie a los ejercicios. Metts expone en su libro que los descubrimientos recientes acerca de los procesos y características de la mente, como las inteligencias múltiples, las especificidades de los hemisferios cerebrales, los estilos de aprendizaje, etc., están implícitos en los *Ejercicios espirituales* y en la *Ratio*. El conocimiento más científico y menos intuitivo —como debió ser el de san Ignacio en estos puntos— debería conducir a cualquier institución educativa a la innovación de sus prácticas docentes con objeto de hacerlas más eficaces para el aprendizaje y formación de sus alumnos, independientemente de su afiliación o credo. En otras palabras, nuestras universidades ignacianas deberían trabajar en estos aspectos por el sólo hecho de ser instituciones educativas, y no únicamente desde la investigación del fenómeno educativo sino en la práctica de todos sus programas. Pero este aspecto adquiere todavía más relevancia al descubrir que en los *Ejercicios*, el documento mismo de donde

emana buena parte del estilo que buscamos, estos aspectos se encuentran implícitos.

Aplicación frecuente del paradigma pedagógico ignaciano

El segundo rasgo fundamental es la aplicación del paradigma pedagógico ignaciano que suele resumirse en la secuencia: contexto-experiencia-reflexión-acción-evaluación (ver *Pedagogía ignaciana*, 1996). Estos cinco elementos, abstraídos de los *Ejercicios*, y por ello plenamente ignacianos, pueden sin embargo plantearse o exponerse completamente fuera de su propio contexto (están pensados para el aspecto espiritual con el propósito de ayudar al hombre a salvar su alma). El paradigma, aunque es parte central de la pedagogía ignaciana, tiene una dimensión mucho mayor que las que podrían considerarse como recomendaciones para la buena docencia expresadas en el párrafo anterior, tanto desde el punto de vista del tiempo que requiere de dedicación por parte del alumno (y del maestro), como desde las implicaciones para quien lo practica. Desde luego, en muchas asignaturas puede aplicarse el paradigma en el proceso enseñanza-aprendizaje. Sin embargo, su dimensión más trascendente consiste en que sirve, y es especialmente adecuado, para la toma de las grandes decisiones en la vida de una persona. Resulta, pues, sumamente pedagógico en un sentido mucho más amplio que el literal que suele dársele a esta palabra. Uno de los múltiples aspectos de la vida humana, y más en el acelerado mundo actual, es la necesidad de una continua toma de decisiones con implicaciones pequeñas, medianas o grandes, para la vida propia y la de los demás. Cuanto más conscientes y fundamentadas resulten estas decisiones, desde la totalidad de los aspectos de la persona —no sólo el racional—, más aportarán a su

propio crecimiento. Al referirme a que el paradigma pedagógico ignaciano resulta idóneo para las grandes decisiones no estoy sugiriendo que sea inadecuado para la toma de otras decisiones menores, o incluso para la enseñanza-aprendizaje de asignaturas concretas. Por el contrario, si el alumno (y el maestro) tiene el hábito de recorrer el camino desde la percepción del contexto hasta la evaluación de lo realizado, tanto en algunas materias del currículo como en la toma de decisiones personales, al llegar a las decisiones verdaderamente trascendentes de su vida tendrá probablemente un mejor entrenamiento para la elección del mejor camino. El paradigma pedagógico ignaciano debería estar presente, en forma expresa, en muchas asignaturas de los currículos, especialmente hacia el final de los programas, cuando ya se cuenta con una visión más amplia de la profesión, de la realidad en la que va a ejercerse y cuando se ofrecen las asignaturas de carácter integrador. Debería estar presente, también, en las actividades periféricas al currículo, como en el servicio social, las prácticas profesionales y la realización del trabajo terminal. Estas tres actividades por no tener un programa de tipo clase por clase, por no centrarse en la obtención de conocimientos específicos dentro del plan de estudios, y por contar con una duración y continuidad en el tiempo, en principio mayor que el de una asignatura, se prestan en forma idónea para ser planteadas en los términos del paradigma pedagógico ignaciano.

Fomento de las características de la educación jesuita

En adición a lo anterior, para la consideración de lo que encuentro como el tercer rasgo fundamental es necesario tomar en cuenta los aspectos de la educación ignaciana señalados en los documentos *Características de la educación de la Compañía de Jesús* (1986), y *Refle-*

xiones a diez años (1997) que apuntan una serie de características que debe reunir un proceso educativo que se siga de una inspiración ignaciana. Aunque el primero incluye varios elementos y una redacción más adecuada para la educación media, muchos de estos elementos resultan también completamente aplicables a la educación superior. No es este el espacio para repetir esas características, pero sí para tenerlas presentes como parte de los elementos del modelo que queremos construir.

Las características de la educación jesuita, tal como se expresan en el documento mencionado, tienen una importante componente de índole religioso, de insistencia en la relación del hombre con Dios, y particularmente de la propuesta que incluye a Jesucristo como modelo para la vida humana. En una institución de corte ignaciano —no necesariamente confiada a la Compañía de Jesús— es natural y necesario que existan estos planteamientos, dado que fueron el origen y motor de la obra de san Ignacio. No considero verdaderamente ignaciana una universidad en la que se empleen las técnicas modernas de la enseñanza, se practique el paradigma pedagógico en su aspecto puramente laico, y se tomen sólo las características que tienen que ver con la formación humanística en general, mientras se hacen a un lado los aspectos específicos de la religión católica.

Sin embargo, por otro lado, tampoco resultaría ignaciana, y mucho menos universitaria, la imposición de condiciones de credo religioso, o de prácticas específicas tanto a los alumnos como a los profesores. Una universidad ignaciana puede tener profesores y alumnos no sólo de diversos credos, agnósticos o ateos, sino incluso que se opongan a algunos de los puntos concretos expresados en párrafos anteriores. ¿Cómo es posible, entonces, esperar que el estilo ignaciano resulte viable y pueda florecer en una universidad? En

las "Anotaciones" de los *Ejercicios*, san Ignacio —aun en el lenguaje y estilo del siglo XVI— hace recomendaciones expresas con relación al respeto a la libertad interior del ejercitante. El trasplante de estas anotaciones al medio universitario se traduce en el respeto a la libertad de alumnos y profesores, aunque sujeto a ciertas condiciones. En este sentido podría pensarse hasta que este estilo incluye en sí mismo la semilla de su propio fracaso que, sin embargo, en el ambiente apropiado y con las estrategias adecuadas al medio universitario, resultaría estéril. Lo que no puede tolerarse en la universidad, y particularmente en lo que toca a los profesores, es precisamente la falta de las características universitarias de apertura, autenticidad, congruencia y honestidad, en lo académico y en lo personal. El estilo ignaciano radica precisamente en el hecho de que al manifestarse estas características, el uso de la libertad produce un ambiente extraordinariamente propicio para el crecimiento humano, en contra de lo que sucede en un ambiente rígido y dogmático. Evaluar las características mencionadas en el comportamiento privado de un profesor resulta extremadamente difícil, riesgoso y quizá hasta indebido, porque ¿quiénes serían los integrantes de un tribunal dictaminador? Aun así, por lo menos en el PTESO —dicen los reglamentos— un profesor requiere al menos de cuatro años de mostrar éstas y otras características en lo personal, no sólo en lo académico, para poder ser candidato a profesor titular. Si realmente lográramos tener un cuerpo de profesores con estas características, no fingidas o aparentes sino encarnadas hasta el tuétano, el estilo ignaciano podría florecer en la universidad como producto de su propia fuerza y no sólo porque las discusiones en torno a problemas científicos, técnicos, educativos o sociales tuvieran también esas características, sino porque los alumnos irían involucrándose en la vivificación de estas actitudes, y esa es la mejor manera de apropiárselas.

Los tres rasgos fundamentales expuestos en párrafos anteriores: innovación educativa y la práctica tanto del paradigma como de las demás características, implican un esfuerzo importante desde la dirección de la universidad con objeto de que pasen a formar parte de su descripción cotidiana. Ello resulta prácticamente imposible mientras el principal o único criterio de contratación de profesores de tiempo fijo y variable sea su nivel académico, medido a través de títulos, sin importar sus habilidades docentes y su visión de la educación. La situación se agrava cuando priva la urgencia por encontrar quién imparta un curso en una fecha próxima. El nivel académico, manifestado en la solidez de conocimientos y habilidades del profesor, no debería ser un punto de negociación; es decir, que debería ser sólo una condición necesaria para su contratación. Sin embargo, hace falta todo un trabajo complementario, de calidad a toda prueba, en la formación académica de los profesores y de los candidatos, con objeto de pasar del estilo descrito con la expresión "viene, da su clase y se va" a un estilo con verdadera dimensión educativa, en el sentido que pretendemos.

La búsqueda de calidad en el contenido y enfoque de los conocimientos

La calidad de los conocimientos que deberían impartirse en una universidad de carácter ignaciano constituye el cuarto rasgo fundamental, que no resulta menos importante que los demás. En múltiples artículos Armando Rugarcía (1997) ha expuesto como uno de los principales problemas de nuestro sistema educativo el culto al conocimiento. Culto que, según él, se manifiesta en la administración universitaria, en la contratación de los profesores, en la importancia que se da a algunas actividades, en las prácticas docentes, y en el tipo de evaluaciones que se practica a los alumnos. El problema, evidentemente que no radica en el conocimiento en sí,

radica en que el conocimiento memorístico, donde no se comprende en realidad y no se integra e interrelaciona con otros conocimientos, no merece llamarse conocimiento. Y es eso precisamente lo que muchas de nuestras escuelas cultivan.

Sin embargo, desde mi experiencia en la impartición de conferencias y cursos de astronomía, así como de tecnologías apropiadas y desarrollo sustentable, me doy cuenta de que vivimos también un cada vez mayor culto al desconocimiento. Los temas que acabo de mencionar se prestan de forma idónea para ser tratados ante públicos más amplios que los cursos más específicos —termodinámica, mecánica de fluidos o fisicoquímica— que suelo impartir en las ingenierías. El culto al conocimiento que expone Rugarcía es de tipo reverencial o de *magister dixit*. El culto al desconocimiento al que me refiero es diferente: es de tipo “esperanza perdida”, “por si las dudas”, “uno nunca sabe”. Es de tipo mágico. El primero es de excesiva soberbia, el segundo no es de humildad, sino de ignorancia y de derrotismo.

Bosquejo brevemente a lo que me refiero con este culto al desconocimiento. Normalmente se mencionan los avances científicos del siglo XX, junto con su notable desarrollo tecnológico, como íntimamente relacionados con los cambios sociales de nuestra época. Sin embargo, estamos a punto de cerrar el segundo milenio de nuestra era con panoramas regionales, nacionales y mundiales de extremada heterogeneidad en cuanto a la distribución de la riqueza y la disponibilidad y dominio de los recursos naturales. La pobreza y el hambre llegan a niveles que para los que desconocen la historia parecen no tener precedentes —aunque realmente no tienen precedente en cuanto a números absolutos de población humana involucrada. Por si esto fuera poco, el deterioro ambiental ha pasado de los ámbitos locales o regionales al nivel global, y está

íntimamente ligado con el modo como hemos usado los recursos para apoyar el desarrollo, y para la satisfacción del ansia de bienestar y de placer. Estos hechos se presentan en los medios masivos de comunicación al nivel de veracidad y muy escasa profundidad que ellos mismos permiten. La situación descrita produce un justificado desencanto en muchos. Es ya un lugar común culpar a la ciencia y a la tecnología de estos daños al ambiente, y hasta de las injusticias sociales. A no pocas personas con las que me toca convivir ello les ha llevado a iniciar un movimiento, al menos de opinión, en contra de ambas (aunque siguen moviéndose en automóvil, hablan por teléfono, ven televisión y no cocinan con leña). Resulta frecuente escuchar que la ciencia está acabando, o logró acabar ya, con la sabiduría humana que nos permitió habitar la tierra los últimos millones de años. Que la ciencia es sólo un punto de vista acerca de la realidad, como si la humanidad, si se lo propusiera, pudiera encontrar otro conjunto de leyes de la naturaleza. Es más, como si las presiones sociales hubieran de forzar a los científicos a encontrar otro conjunto de leyes; o como si las leyes de la naturaleza pudieran reescribirse tal como la *Constitución mexicana*. En adición a esto, la lectura superficial de algunos puntos claves de la historia de la ciencia ha reforzado esta idea. Se dice, por ejemplo, que la física moderna vino a derrumbar el viejo edificio de la ciencia, como si la relatividad hubiese abolido la gravitación y las leyes de la mecánica clásica. La teoría de la relatividad se interpreta como que Einstein logró demostrar que todo es relativo y hasta recibió por ello el Premio Nobel. Se habla, asimismo, del principio de incertidumbre de Heisenberg como si hasta la física hubiese tenido que reconocer como uno de sus principios fundamentales el que ningún fenómeno puede conocerse o predecirse con certeza.

Por otro lado, la imaginación humana no tiene límites conocidos, y la asociación de la tecnología con la creatividad de algunos ha hecho posible la producción de videos y películas acerca de muchos fenómenos imaginarios (así como de otros históricos). La vista es uno de los sentidos más convincentes para una mente mal entrenada. Así, lo mismo los viajes interplanetarios que las fuentes de energía infinitas y sin impacto ecológico han sido ya filmados dentro de un género que está pasando de la ciencia ficción a la ficción pura. Todo esto genera una confusión no sólo a nivel masivo popular, donde quizá no tendría mayores repercusiones, pero he visto trascender esta confusión entre nuestros alumnos y maestros universitarios con lo que ello significa para nuestra aportación universitaria a la sociedad a través del quehacer educativo.

Pongo unos pocos ejemplos. En un congreso de enseñanza de la ingeniería escuché a un profesor rasgarse las vestiduras porque en México todavía enseñamos las leyes de Newton, publicadas hace más de 300 años, cuando ya existe la física moderna. El argumento que esgrimía era precisamente el del derrumbe de la ciencia, antes mencionado. En una universidad cercana presencié una conferencia magistral acerca del por qué el cielo es de color azul y por qué el sol se ve más grande cerca del horizonte, entre otros fenómenos. Los argumentos empleados parecían coherentes entre sí, pero resultaban contrarios a las observaciones cuantitativas verificables. Un colega de otra universidad intentó demostrar las propiedades magnéticas de cualquier trozo de madera. Un profesor del ITESO (hoy en otra universidad) invirtió un increíble número de horas de su tiempo libre en deducir una fórmula para predecir el número del billete a ser premiado por la lotería nacional. En una ocasión recibí una petición de apoyo a la candidatura para que se le otorgara un premio académico de una prestigiada univer-

sidad mexicana a un profesor que inventó un método para limpiar el aire de las ciudades que se basaba en poner más automóviles en circulación y más fábricas en operación y, aunque parezca increíble, escribió un pequeño libro profusamente ilustrado al respecto. En mis charlas astronómicas, por ejemplo, me cuesta trabajo resultar convincente ante algunos universitarios, aun mediante razonamientos detallados, de que sabemos que no existe otro planeta como la tierra del otro lado del sol, que los cometas son cuerpos celestes y no indicadores de que algo malo va a suceder (ni bueno, por cierto, y hasta he sido calificado de cantinflesco por afirmar que los cometas no son ni buenos ni malos). Me cuesta trabajo convencer a mis oyentes de que sabemos que las demás estrellas contienen los mismos elementos químicos que se encuentran presentes en la tierra, que estos elementos no son capaces de soportar una infinidad de formas de vida, y de que sabemos que no existen ni pueden existir otros elementos químicos en el universo. En más de una ocasión me han sido mostradas fotografías de OVNIS volando en las cercanías de Guadalajara y hasta he recibido peticiones para organizar alguna semana académica en el ITESO para el análisis de dichas fotos y la discusión del tema. Y, desde luego, que la expresión "no identificado" ya se toma como sinónimo de extraterrestre y tripulado. Cuando abordo el tema de fuentes de energía y desarrollo sustentable, con frecuencia me encuentro con planteamientos igualmente infundados, tales como las soluciones mágicas con autos eléctricos, pero no es este el espacio para extenderse con un mayor número de ejemplos ni para analizarlos.

A esta incapacidad de distinguir entre lo que sabemos y lo que no sabemos, lo conocido de lo imaginario; lo real de lo posible, de lo factible y de lo imposible; lo científico de lo mágico, junto con la fe ciega en todo lo alternativo, es a lo que llamo culto al des-

conocimiento. Culto en el sentido de que en esos elementos mágicos y alternativos se deposita muchas veces la fe. Culto también en el sentido de que está volviéndose parte integral de la cultura. Aunque con manifestaciones marcadamente diferentes, veo que en el fondo está relacionado, a través de la carencia de habilidades de pensamiento crítico, con el culto al conocimiento memorístico, junto con la carencia voluntaria de habilidades críticas que expone Rugarcía. Los dos párrafos anteriores muestran los orígenes y algunos ejemplos particulares de una situación que me hace pensar en el peligro de estar avanzando hacia una época oscurantista y de relegación del conocimiento donde el análisis crítico de la realidad sea sustituido por mitos. Este peligro resulta grave porque desde el punto de vista del uso de los recursos naturales, por ejemplo, el embrollo en que se ha metido la humanidad no puede ser resuelto sin tomar en cuenta lo que conocemos o descubramos acerca de la naturaleza y las tecnologías de las que disponemos o seamos capaces de crear en un futuro cercano. En otras palabras, no puede resolverse desde una nueva época de oscurantismo a menos que estemos dispuestos a aceptar una tragedia humana de dimensiones globales y asumamos cómodamente la famosa expresión keynesiana "a la larga todos estaremos muertos". El problema, desde el punto de vista de nuestra búsqueda del modelo ignaciano de universidad, es que son importantes para nosotros todos los hombres y mujeres que viven hoy y que vivirán en el futuro inmediato y mediano.

La famosa frase del padre Arrupe que expresa la misión educativa desde las instituciones jesuitas, para la formación de hombres para los demás ha sido muy estudiada y adaptada a diversas situaciones. Rugarcía, por ejemplo, afirma que no basta que los hombres sean para los demás, sino que deben también ser capaces. ¿Cómo preparemos hombres y mujeres capaces para servir a los demás

mientras los conocimientos básicos sean tan laxos y relativizados como he ejemplificado? ¿En qué consiste la preparación de nuestros alumnos para una nueva sociedad más justa, mientras existan creencias arraigadas expresadas en “algo va a pasar”, “tiene que solucionarse”, “algo han de inventar”? Yo no niego la posibilidad que algo pudiera pasar que tuviera como consecuencia la solución o atenuación de algún problema ambiental o social. Lo que cuestiono es la proliferación del pensamiento mágico en nuestros alumnos y profesores en vez del pensamiento crítico y del creativo, junto con la adquisición de conocimientos sólidos, con objeto de proponer soluciones concretas de la forma más consciente posible. El propio san Ignacio recomendaba hacer las cosas “como si todo dependiera de tí [...]”

El enfoque humanista de las tres dimensiones del quehacer universitario

Es el quinto rasgo que postulo para la universidad de estilo ignaciano. Se trata del enfoque que debería prevalecer no sólo en el trabajo educativo propiamente, sino también en la investigación y en la extensión-vinculación. Encuentro el enfoque humanista en varios aspectos de estos dos quehaceres: primero, en la dimensión educativa que, en mi concepto, deberían tener al involucrar activamente a los alumnos de cualquier programa y nivel, de acuerdo con su nivel y potencialidades. Segundo, los programas de investigación, extensión y vinculación deberían abordar no cualquier asunto que se presentara con la misma prioridad, sino poner énfasis en los que más directamente contribuyan a explicar, comprender y solucionar problemas específicos de personas y comunidades concretas con las que la universidad tenga relación.

Conclusión

La universidad de estilo ignaciano ha de ser, ante todo, una universidad, aunque las dimensiones básicas de su quehacer resulten comunes a otras universidades. Los rasgos característicos de una universidad del estilo que buscamos se centran en la preponderancia que para ella tiene el crecimiento y desarrollo de la persona humana, en lo individual y lo comunitario, respecto a todos sus modos de relación con el mundo y con Dios. Esta preponderancia debería manifestarse en formas concretas de realizar y orientar el trabajo educativo, la investigación y todo el hacer universitario.